



«Por sus frutos los conoceréis».
(S. Mateo, VII-16).



Bien sencilla ha de ser esta explicación,
como sencilla es la frase que la sugiere.

Da materia muy abundante y muy seria
para meditar; y Dios quiera que reflexionéis
despacio.

¿Qué frutos da nuestro mundo actual?

Ateísmo, irreligiosidad, inmoralidad, avari-
cia, injusticias sociales, hambres, odios,
extravagancias...

¿Qué tal será el árbol para dar esos frutos?

¿Qué frutos da el pequeño mundo que nos
rodea?

Religión a capricho, indiferencia, superficia-
lidad, suciedad moral disimulada, afán
de ganar, afán de divertirse...

¿Qué frutos da el árbol de tu hogar?
Algunos buenos, pero ..

Esa ausencia de Dios en su vida colectiva.
Esa falta de autoridad y de fe en el padre.
Ese defecto de seriedad, de modestia, de
recogimiento en la madre.
Esa indisciplina, esa libertad, esa insince-
ridad en los hijos
¡Pobres hogares!

Y tú, lector, ¿qué frutos das tú?

Trabajo, dirás...

Sí, trabajo rebelde, a espaldas de Dios,
como un castigo

Y junto a ello... pecados, pasiones, de-
fectos, egoísmos, vicios...

También para tí, alma piadosa, hay algo
que decir; parece que el árbol de tu alma
ha quedado seco con el mismo fruto en
bien y en mal para siempre.

¡Tus defectos...!

¡Señor, Señor, que al menos sepa llegar
hasta Tí al fin de mi vida con las manos
llenas de frutos de buenas obras.

El A. de A.

En las páginas centrales: «Editorial sobre los entierros». — Pág. 2, «Nuestro dolor». — Pág. 6 y 7, «Diógenes». — Pág. 3, «Espíritu gregario». — Pág. 7 y 8, «Emisora local».

En poco menos de dos meses se nos ha llevado el Señor a su seno a tres de nuestros buenos amigos y excelentes colaboradores. Murieron santamente como habían vivido.

NUESTRO DOLOR

Fué el primero D. MANUEL PASTOR, todo vehemencia, todo fuego, todo empuje de apostolado; no miraba días, ni horas, ni dinero cuando había por medio un alma que salvar. Y gastó mucho de todo ello —aunque vivía tan modestamente— sin que nadie más que Dios lo supiera.

Sobre su tumba muchos ojos de magdalenas convertidas, llorarán lágrimas que regarán flores sembradas, brotadas y abiertas al calor de su celo y de su amor a Dios.

Esperamos que la Virgen del Val, a la que amaba apasionadamente, le habrá acogido maternalmente en su regazo de Madre.

Pocos días hace que se nos fué también D. VALENTIN PAGE.

Excelente maestro que formó generaciones de niños de Alcalá en la más recia fe y en la más sana moral.

Mas la corona más brillante que adornará su frente en el cielo, la forman esos 25 sacerdotes que de niños pasaron por sus manos y en quienes él puso la semilla de su vocación y el calor de sus cuidados.

Al margen de sus actividades profesionales, aún le quedaba tiempo—después del trabajo abrumador—para dedicar muchos ratos a las Conferencias de San Vicente y al Secretariado de Caridad, de los que fué Presidente. Que Dios le pague a don Valentín Page, el bien que hizo, con esa sencillez, con esa modestia, con esa serenidad imperturbable, con esa agradable seriedad que siempre llevaba.

Fué su cuerpo al cementerio rodeado de sacerdotes discípulos y en hombros de sus alumnos... ¿Qué mejor bandeja para presentar su alma a Dios?

Y no más lejos de ayer moría también D. CELEDONIO PEDRO-VIEJO.

Trabajó a nuestro lado en cargos directivos de Acción Católica y apostolado, aliviando nuestra responsabilidad con sus consejos y con su trabajo en caridades en cuanto pudo dentro de su inmenso quehacer. Discreto y modestísimo, nunca hablaba si no se le pedía parecer, que siempre era prudente, acertado y luminoso.

Su heroica lucha para sacar adelante una numerosa familia, es hoy excepcional ejemplo de hogar honrado y cristiano; pero lo es sobre todo para sus hijos que llevarán siempre sobre sí el peso de una gratitud excepcional filial, y la responsabilidad de seguir la línea clara de conducta de aquel caballero que fué su padre.

La Parroquia se une— se ha unido ya—al dolor de los suyos. Madre como es de todos sus feligreses, siente en estos casos que algo se le desgarran por dentro en su propio corazón; aunque acata rendidamente los designios de Dios.

Pero su amor y su dolor se unen para desgranar una fervorosa plegaria en favor de sus buenos hijos.

F. H. G., Párroco.

Espíritu gregario y comodidad

Es ingénito en todo carácter español, el espíritu de rebeldía y oposición, a todo aquello que, aun reconociendo entraña algo bueno, contraría a nuestra opinión o comodidad, a aquello que nos hace apearnos de nuestro borriquito por muy falso que éste sea y muy convencidos que estamos de ello.

Es curioso que en estos tiempos de total falta de criterio en todo, y más aún de criterio religioso, en estos tiempos en que el espíritu gregario, es el predominante en el 90 por 100 de los hombres, en lo que tiene, algo al menos, de esencial, se trata de discutir y opinar por cuenta propia. Hoy, se habla de asuntos internacionales, según lo hacen los cronistas y reporteros, apropiándose sus teorías o puntos de vista; se habla de deportes igual que el diario informativo; se fuma, se viste, se opina, como se vió hacer a tal o cual galán en la última película, porque es moda o porque los países europeos o extraeuropeos lo hacen así, sin pararnos a mirar si al obrar imitándolos, vamos bien o mal.

Nos salen a punta de pluma estas disquisiciones, a propósito de una piadosa costumbre que se observa en los entierros: la de incensar al difunto, por lo menos nos ha parecido siempre ver salir del grupo de hombres

que le seguían, una columna de humo que se hacía acompañar de un: ¡no somos nada!, epitafio único que se les ocurría a los caritativos acompañantes. Eso y un murmullo ¿de rezos?, no, ¡de charlas de negocios! y comentarios de toda clase eran las únicas oraciones que llegaban al Padre Eterno por el alma del inhumado.

Pero, como hay quien siempre tiene espíritu de contradicción y fastidio del prójimo, opinó que, mejor que humo de «incienso» era disciplina, y que rumor de charlas el de oraciones y, poco a poco, quiso implantarlo, pero: ¡en qué país estamos!, se gritó a coro; ¡qué tiranía! Es verdad, es una tiranía, y a uno se le ocurre, que no estaría mal, poner «en los sitios de costumbre» una «tasquita», descansar un poco el féretro en el suelo y tomarnos unos cuantos de [tinto fresquito, brindando por la salud espiritual del difunto.

UN DISIDENTE.

ANUNCIO

Por tener que ausentarme de Alcalá por larga temporada para atender a mi salud, traspaso la tienda y vendo los enseres.

Tinte, 4 "El Hénar"

Hablemos claro...

SOBRE LOS ENTIERROS

El artículo que en este mismo número publica la juvenil y ágil pluma de «Disidente» sobre los entierros, trae a colación un tema del que he rehuído tratar tantas cuantas veces tuve tentación de hacerlo, que fueron las mismas que asistí a entierros. Puesta sobre el tapete la cuestión, debo hablar.

El tema se ha suscitado con motivo del entierro de D. Valentín Page (q. e. p. d.) en el que se procuró que los asistentes fueran organizados rezando el rosario.

Y vaya por delante que en este caso concreto no fué mía la iniciativa; y lo digo solamente porque así puedo hablar con más libertad, no porque me importe cargar con esta responsabilidad, ya que en otros casos la iniciativa y la orden fué mía.

Pero el caso es que hubo algunos—valientes ellos—que por lo bajo se quejaban del orden del entierro con palabras molestas, injustas y descorteses.

Tal fué la cosa, que el mismísimo y simpático Diógenes quiso echarme una mano con un saladísimo artículo, que fué al cesto porque lo consideré, acertadísimo sí, pero demasiado hiriente para los eternos hipersensibles.

Y vamos al grano. Quede sentado, ante todo, que los entierros son *actos oficiales de culto de la Iglesia*; una procesión como otra, solo que en lugar de llevar una imagen lleva un cadáver a enterrar. Por ser acto de culto va presidido por un sacerdote revestido de ornamentos sagrados y lleva delante la Cruz Parroquial con ciriales; como en cualquier procesión

¿Por qué, pues, se han de permitir en esta procesión abusos (fumar, charlar, etc...) que ninguno de los que van en los entierros

se permitiría en las procesiones con imágenes? Yo no sé contestar.



Pero además en los entierros se lleva al Cementerio a un ser querido de los que van presidiendo el duelo y es de suponer que de los que acompañan; obra, pues, de misericordia con el difunto y con los acompañantes.

Bien sabéis que muchísimas veces he ido presidiendo duelos llevando a mi lado —en ocasiones sosteniéndolos materialmente, entre mis brazos— a padres o hijos de aquel ser querido que llevábamos a enterrar; y he sentido siempre la indignación de ir presidiendo un duelo de lágrimas envuelto en humos de cigarros, entre conversaciones de negocios y a veces entre chistes que llegaban con eco lejano hasta mí; más de una vez he sentido la presión de la mano indignada de un hijo que había oído la «gracia» y por lo bajo y entre lágrimas protestaba...; protestaba, aunque después he

visto a algunos que en el dolor de otros hacían lo mismo.

El fumar, pues, el hablar, el tratar, el criticar, y el reír en los entierros es además de una profanación, una cruel burla del dolor ajeno.

Como no deja de ser una descortesía el abandonar al cadáver y a los familiares a la entrada del Cementerio para ir cada uno a visitar a sus difuntos; bien está que se haga, pero después. Esto me parece que está bien claro.

Ya sé que aquello se hace en todas partes; mas esto no justifica. Esta es una de tantas intrusiones del espíritu pagano en las cosas santas; una absurda imposición de criterio de esos paganos hábiles de guardarrópía, a los que interesa más parecer cristianos que serlo; son los mismos a los que gustaría oír misas sin sermones y con músicas de valeses, y procesiones desordenadas y con pasodobles, y entierros sin rezos y con un tono «social» pagano.

Pero no; no podemos hacerles el juego.



Mas no teman las «vestales» sensibilísimas de las «añejas costumbres», de las peores y más injustificables costumbres.

Conocemos bien, por gracia de Dios, la «materia» que tenemos entre manos; y sabemos de su quebradiza vidriosidad, sobre todo cuando no tienen razón.

No impondremos el criterio: somos demasiado pequeños para luchar con una mala costumbre tan general; pero sí exponemos este criterio y rogamos que lo tomen en cuenta y lo reflexionen a solas.



Mas lo que nadie nos podrá estorbar ni criticar es que cuando un enfermo nos pide un entierro piadoso, o la familia lo rogare, o la Parroquia quiera hacer ese homenaje póstumo a uno de sus hijos queridos, nosotros nos rindamos a su malhumor ridículo, o aceptemos su criterio pagano; eso, no; hicimos entierro cristiano de veras y como debe de ser, poco más de media docena de veces... y lo seguiremos haciendo siempre que se presente oportunidad. Que lo sepan.



Y perdónennos los lectores este desahogo. Llevábamos en el alma represado este dolor y esta queja hace muchos años... y ya no podíamos callar. Pido a Dios que sirva para algo.

EL PARROCO.

FUERZA DE LA VOLUNTAD

«El hombre tiene siempre un gran caudal de fuerzas sin emplear, y el secreto de hacer mucho es acertar a explotarse a sí mismo. Para convencerse de esta verdad basta considerar cuánto se multiplican las fuerzas del hombre que se halla en aprieto: su entendimiento es más capaz y penetrante, su corazón más osado y emprendedor, su cuerpo más vigoroso, y esto, ¿por qué?» No porque se creen nuevas fuerzas, sino porque «el aprieto aguijonea la voluntad, y ésta despliega, por decirlo así, toda la plenitud de su poder». Debemos aprovechar esta enseñanza en los negocios comunes «Regularmente, para lograr un fin, lo que se necesita es voluntad, voluntad decidida, resuelta, firme, que marche a su objeto sin arredrarse por obstáculos y fatigas.» Las más de las veces no tenemos verdadera voluntad, sino veledad.»

De «El Amigo de los Niños y de los Mayores».

¡Cómo está... el Clero!

Por **DIÓGENES**

Esto fué a la puerta de la Parroquia; en el atrio.

A la salida de misa, como de costumbre,

Doña Pía y doña Tecla, comentan.

Doña Pía, solterona, arrugada, bien entrada en años y en carnes; descarada y mandorrona; con un tic nervioso que la hace mirar velozmente a todas partes.

Doña Tecla, es viuda, pensionista, de rasgos cortantes, de mirada incisiva; se las da de graciosa y es satírica; no dice una palabra sin herir...

Hablan bajito y esquivas, como es lógico; acaban de oír misa y comulgar.

Son el tipo clásico de la «beata».

Escondido tras la puerta del atrio, Diógenes con su candileja antigua, la buena, la blindada; y con su magnetofonofoto.

En el momento que recogemos, sale un sacerdote joven deprisa, y coge una bicicleta ..

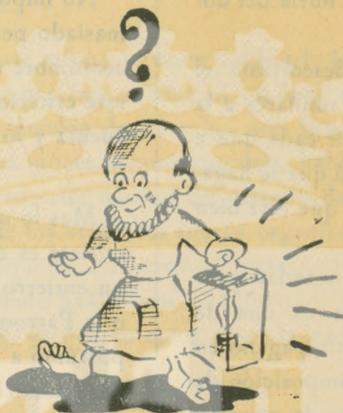
DOÑA PIA.—¿Te das cuenta, Tecla?

DOÑA TECLA.—Sí, la bicicleta. No sé dónde vamos a parar.

PIA.—Es que no parece serio esto; da pena.

TECLA.—Estos curas jóvenes no saben qué hacer para pasarlo bien y entretenerse; yo creo que, si quieren pasear, lo hagan a pie que es más señor, ¿no te parece?

PIA.—Tecla, tienes razón; pero ¿te has



fijado en las esclavinitas que se van metiendo... ¡y que acabarán por llevarlas todos!

TECLA.—(Con malicia). Parece que les pescó un chaparrón y se les encogió el manteo. (Carcajada sonora por la ocurrencia). Y eso cuando la llevan...

PIA.—¡Qué diferencia de los curas de antes!

TECLA.—Tienes razón; se les nota hasta en los sombreros; claro que a menor cabeza, mayor sombrero; la ley de las compensaciones (otra carcajada); o sin sombrero; porque, donde no hay cabeza... (más carcajadas)

PIA.—Así va todo; ¿has venido alguna vez a la misa de la Catequesis? Ven por gusto, ya verás qué manera de predicar *jabora*..!

TECLA.—Hija, yo no entiendo los apostolados... modernos (con retintín); figúrate que me han dicho que se van estos curitas al Centro Obrero y salen allá a las once de la noche... ¡qué escándalo! ¡A esas horas!

PIA.—¡Jesús!, ¡Ave María Purísima!

TECLA.—¿Y no se dará cuenta de esto el señor Abad?

PIA.—El señor Abad... Si cualquier día le vemos en bicicleta.

TECLA.—Sí, hija, sí; mucha Acción Católica, mucho coro polifónico, muchos

secretariados, mucha propaganda, mucho cine, Pía, ¡mucho cine!, mucho cerrar los ojos, mucha espiritualidad, y después... NADA...

En este momento llega el señor Abad a coro.

PIA Y TECLA.— (*Con la más dulce de sus sonrisas*). Buenos días, señor Abad; muy cansado, ¿verdad?

SR. ABAD.— Sí, como siempre, gracias a Dios. (*Llega sofocado el curita que salió en bicicleta*).

DON X.—Buenos días

SR. ABAD.—Hola, ¿cómo tan sofocado?

DON X.—Un enfermo grave; me avisaron corriendo las del Secretariado de Caridad.

SR. ABAD.—Y qué, ¿llegaste?

DON X.—Sí, por los pelos; gracias a la bicicleta.

SR. ABAD.—Menos mal; ¿quién era?

DON X.—El padre de un obrerito del Centro que consiguió que no muriera sin sacramentos; digo, y dos niñitos de la Catequesis que se hartaron de pedir y hacer sacrificios, (*histórico*)

SR. ABAD.—Vaya, voy a coro. Adios, adios...

DIOGENES.—(*Saliendo de su escondi-*

te, victorioso y radiante, a doña Tecla y doña Pía). Toma horchata, beata. ¡Vaya un agua que os acaban de dar; ha sido una romanza sin palabras...

PIA Y TECLA. ¿Qué te importa a tí, cerdo?

DIOGENES.—¿Qué os parece ahora, Piita sin hornacina y Teclita sin piano?... Estos curitas de ahora, sin sombrero, sin cabeza, con esclavina o sin ella, con bicicleta... y tan modernísimos en su apostolado... ¿Qué decís ahora?

PIA Y TECLA.—Más valiera que te lavaras y te bautizaras... so gentil...

DIOGENES.—Gracias por el piropo, tengo un tipo gentil...ísimo, ¿verdad? Lo peor es que vosotras no me convertiréis, os lo aseguro... ¡Ah! y os advierto que he cogido vuestra conversación en mi aparato y saldrá en CAMINO...

PIA Y TECLA.—*Sin poder contenerse se avalanzaron a él para pegarle; menos mal que Diógenes llevaba la candileja ultrapesada y a la primera que se acercó—Tecla—le sacudió un liternazo; y ¿queréis creer que no se le cayó ni un pelo y en cambio la candileja quedó hecha polvo? ¡Qué cabezas!*

DIOGENES.



Onda religiosa

San Cristóbal.—La Hermandad de San Cristóbal, constituida días pasados, celebró el día 12 la festividad de su titular, patrono de los conductores de vehículos, con una so-

lemne misa en la Parroquia y a continuación, la bendición de vehículos.

Ahora a hacer honor al Santo y a su nombre, siendo auténticos «portadores de Cristo».

Destino.—Don Lorenzo Larena, ha sido nombrado cura párroco de Anchuelo.

Que el Señor haga abundante el fruto de su trabajo.

Clausura.—La clausura del curso de A. C. tuvo lugar el domingo día 5, y no el día 29 como anunciamos, con una misa de comunión general a las ocho y una misa cantada a las once.

Santos Niños.— Aunque andan muy calladitos los de la Asociación de los Santos Niños eso no quiere decir que se duerman sobre los laureles, pues no tardarán en reunirse para preparar, como ellos saben hacerlo, las fiestas de nuestros Patronos.

Despedida.— Don Manuel Merino, al marchar para tomar posesión de su destino, se pone por mediación de «CAMINO» a disposición de todos los alcañinos.

Onda general

Congreso.—El domingo 12, a las siete de la tarde, tuvo lugar en el Paraninfo de la Universidad la sesión de apertura del I Congreso de Universidades. Presidió el acto el Ministro de Educación Nacional.

EL SUPLENTE.

EN GERUNDIO

Desambientándose

Creo que hay una enfermedad provocada por la inadaptación al ambiente. Es una cosa tan fácilmente comprobable que, en caso de que alguno pueda sentir la más ligera duda, le invito a instalarse en el fondo del mar, a ver qué tal le va. Pues bien; creo que el mal de los católicos de hoy es ese precisamente: su inadaptación. Se me olvidaba aclarar que al decir *católicos* me refiero con exclusividad a los que lo son integralmente, a los que se les *nota* con sólo verlos comportarse en público y privado las 24 horas del día, a los que sostienen y *viven* la doctrina de la Iglesia católica sin tergiversaciones, componendas ni «camelos», al estilo que «CAMINO», como cualquier periódico católico, ha defendido siempre.

Realmente, esto de la adaptación al ambiente no es grano de anís. Creo que entre los animales esta facultad es bastante común, y en este sentido no cabe duda que el hombre ha progresado bastante, asemejándose extraordinariamente a los camaleones; cambia de criterio, de conducta y de doctrina como se cambia de camisa; un criterio y una conducta para cada momento y cada hora. A esto se le ha definido como «saber vivir», lo cual no deja de ser humorístico.

Adaptarse es dejarse llevar, aniquilación de la personalidad, tener un espíritu ecléctico para formarse su criterio, encogerse en el caparazón de su egoísmo y renunciar de antemano a ensanchar el mezquino horizonte en que uno se mueve; en definitiva, a «ir tirando». (Es sorprendente la elocuencia de los vulgarismos y frases hechas; este «ir tirando» es todo un poema, según veremos en ocasión próxima).

Se comprende que con semejantes caracteres la enfermedad se propague extraordinariamente. Y que es innegablemente grave, queda comprobado en sus consecuencias: la difusión de ese pseudocatolicismo enclenque, canijo, bastardo y el triste espectáculo que ofrecen esos pobrecitos «católicos» que arrastran esa mutilación del espíritu.

¿Y con un ejército de inválidos espirituales esperamos conquistar al mundo?... Bueno...

PERECITO.